



# Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

EDUARDO SÁNCHEZ CASTILLA



Literato distinguido,  
inteligente y modesto,  
escribió una *Pirindola*  
donde reveló su ingenio,

y en poco tiempo ha sabido  
colocar el *Blanco y Negro*  
al nivel de los mejores  
periódicos extranjeros.

## SUMARIO

TEXTOS: Ve todo un poco, por Luis Taboada.—El atraco, por José López Silva.—Ese, por Constantino Gil.—Palique, por César.—Hay que aguantarse, por Juan Pérez Zúñiga.—Respuesta al canto, por Sinesio Delgado.—¡Oh, paradiso!, por Antonio Peña y Goff.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Eduardo Sánchez Castilla, por *Mecchia*.—Revista de Enero.—Anuncios por Cilla.



Dice la gente pensadora que nuestra situación no puede ser más crítica, porque han subido los cambios, ha bajado la Bolsa y se ha cerrado la frontera a los productos franceses.

Yo, que no soy pensador, a Dios gracias, tengo hoy el mismo dinero que tenía cuando los cambios estaban a menor altura y la Bolsa conservaba su nivel ordinario y por la frontera se introducían toda clase de artículos. De modo que por más que hago no puedo apesadumbrarme.

Que se han roto las negociaciones con Francia. Bueno, ¿y qué? Cuando estábamos a partir un piñón con los franceses, ¿me perdónaba mi casero el importe del alquiler mensual? No, señor. ¿Dejaba de cobrarme la cocinera su salario? Claro que no. ¿Me regalaba el camarero los cafés con gotas que tomo todos los días? ¡Qué!

A mí me tiene sin cuidado que aumente el precio de los productos extranjeros, y quiere decirse que si había de comprar una corbata de París en casa de Rivas, me la compraré en la fábrica de la calle de Capellanes, donde todo lo que se fabrica es español, empezando por las corbatas y concluyendo por las obreras.

Si había de ir a casa de Porset a que me hiciera un pantalón extranjero, me meteré en el Cid, donde por ocho duros me darán un traje completo de paño de Sabadell, que tiene la ventaja de que le crece el pelo en cuanto caen cuatro gotas.

Los pesimistas suponen que vendrán serios conflictos si no se establece un *modus vivendi* con Francia, pero yo creo que podremos pasarnos perfectamente sin los artículos traspirinaicos. Por de pronto, los señores Jiménez y Lamothe han establecido en Málaga una fábrica de *cognac* que compite con todos los conocidos hasta el día, especialmente el de la marca V. S. O., que traducida al lenguaje de la verdad, quiere decir: *Vamos sanando ombligos*.

Háblase ya de establecer otras industrias, que llenarán cumplidamente la falta de productos extranjeros. Hasta hoy teníamos bellísimas pantallas de papel rizado, flores preciosas de fabricación casera, esbeltas figuras de barro natural pintadas con chocolate y otros muchos artículos hechos por manos madrileñas.

Muchas señoritas que hoy cosen para fuera y tienen que luchar con los infames calzoncillos de munición, podrán dedicarse a más lucrativas ocupaciones, fabricando boas y manguitos de última moda, para lo cual sólo necesitan matar dos ó tres gatos diariamente y ponerlos al sereno.

La de López ya ha dado principio a su tarea; el novio se encarga de matar los gatos secretamente, la mamá los cuelga de las patas en la ventana del patio, y el papá los desuella, para que la chica los ponga forro.

Ayer, sin ir más lejos, el novio robó un gato hermosísimo perteneciente a una viuda que vive en el cuarto principal de casa de López, y lo escondió debajo de la capa; pero fué sorprendido por la viuda, que comenzó a gritar y a tirarse de los pelos, presa de la desesperación.

—¡Entrégume usted ese micho!—decía sollozando.

—No puedo—contestaba él para disculparse.—Voy a mandarlo a la Exposición de Chinago.

—Es mío.

—No, señora; este gato es descendiente de uno que tuvo Colón, y acabo de comprárselo a un orador del Ateneo.

Fueron inútiles las reclamaciones de la viuda, y el gató pasó al domicilio de López, donde pereció a manos del novio por el procedimiento de costumbre, que consiste en meter al animal en un saco de noche y sentarse encima hasta conseguir que sucumba víctima de la desesperación.

Dado el ingenio de la gente madrileña, no han de faltar industrias en cuanto desaparezcan definitivamente del mercado los productos franceses. El vino de Burdeos lo fabricaremos con agua, peléon y citrato de magnesia. Para darle *bouquet*, disolveremos en la cuba una pastilla de jabón de las familias, que es muy aromático y sabe a hierbabuena y a nuez moscada.

Buen chasco se llevan los franceses si creen que hemos de privarnos de lo necesario. Precisamente aquí nos avenimos a todo, y el día que no tuviéramos sombreros—es un suponer—andaríamos de gorra ó nos ataríamos un pañuelo a la cabeza como las niñeras vascongadas. ¡Y que no estaría bonito Cánovas, verbigracia, con su pañuelo de seda azul celeste atado al moño!

Claro que la «guerra de las tarifas», como dice la gente que escribe sobre estas cosas, ha despertado el espíritu nacional, excitando nuestro patriotismo, y hay quien está resuelto a rechazar todo producto francés, aunque se lo regalen.

—D. Emeterio, pruebe usted este chorizo, que es todo magro.

—¿Chorizo?—pregunta el patriota ferviente.—¿De dónde es?

—De Barba de Puerco.

—¿Tiene usted seguridad?

—¡Hombre! Yo no le he visto nacer, pero de allí ha venido.

—Es que no quiero nada francés, porque lo rechaza mi patriotismo.

A mí llega a sucederme algo semejante. Los franceses no me agradan poco ni mucho; pero las francesas...

Punto y aparte.

No echaré la firma sin recomendar a ustedes la preciosa colección de caricaturas que, reunidas en un libro y con el título de *Historietas*, acaba de publicar mi querido amigo Angel Pons, el popular y excelente dibujante.

La obra merece la buena acogida que le dispensa el público... y bien sabe el cielo que no alabo a Pons por la amistad que le profeso ni por los preciosos dibujos que ha hecho para mis libros.

A Pons lo que es de Pons.

LUIS TABOADA.

## EL ATRACO

—¡Cuidao que te pones chínche y apestoso y animal en diciendo que te empuñas en no dejarle a uno en paz!

—Señor, si cada uno tiene su manera de pensar!

—¡Por qué te metes en cosas que no te se importan na?

—¡Ya la soltastes!

—¡Pues claro!

Si no haces más que graznar y me pones la cabeza loca.

—Pero ven acá, que hace falta ser más primo que el tonto de Colmenar pa obrar como estás obrando desde hace una temporada!

—No eres, como si dijéramos, una notabilidad en el arte?

—Ciertas cosas no se preguntan, Julián.

—No apipiolas remontoires con la primer suavidad y rascas portamonedas y biblias azucarás si a mano viene?

—También.

—Pues hombre, si es natural!

—No bajas a un soterráneo, cuando hace falta bajar, y quedas como si hubieses ido a la universidad, de puro bien?

—¿Tú lo has dicho.

—No has probao cien veces ya que a la izquierda no hay gaapo que te aventaje?

—Verbal.

—¿No tienes catorce diplomas de los por unanimidad en la academia?

—Son quince.

—Bueno, quince, me es igual.

—¿Tengo razón?

—Sí la tienes.

—Pues entonces, ¿por qué das pie pa que cuatro ceportres, que no saben afanar ni un pimientito, te critiquen dentro de la facultad?

—¿Vas ganando algo con eso?

—Con eso no ganas na!

—Tienes a Lucio y al *Chidi* y al *Lucy* y al *Episcopal* quitándote a todas horas el pellejo por detrás,

y tú, que deber saberlo, te empeñas en no sacar al pa Dios, cuando hoy atraen todos los de la sociedad. ¿Es porque tiene el atrazo algo de particular pa un asunto de tu práctica? —Asolatamente na. —¿Tu por miedo, recibo en gracia? —No demétras.

—¿Te se van á caer las chalreteras ú alguna cruá haré porque te bajas á hacer lo que hacemos los demás? ¿No nos hemos bajao toos? —Buena, mira, pa acabar y pa que no me molestas con músicas trasnochás, no atraes por dos razones: la primera y principal es que no me da la gana. —Como no te espliques más. —Y la otra es que ese trabajo no lo puede ejecutar ningún artista que tenga tanto asá de dignidad. Yo cara á cara hago lo que vosotros hagáis, en diciendo que se ofrece; pero lo que es por detrás no trabajo aunque lo mande la Santísima Trinidad, porque se ensucia uno el nombre

y con eso aún no hay ni crédito, ni limpieza, ni fecha ni autoridad. —No, de ahí de ese punto de vista, es muy natural que obres como obres.

—Entonces, ¿por qué vienes y me das estas listas, si te costa que me hacen la costa ya? —Dispensa si te he ofendido, pero, chico, la verdad, no sabía que tenías ese modo de pensar tan circunspeto.

—Corriente, pues pa que toos lo sepáis, díbele á Lucio y al *Chicli* y al *Basy* y al *Estrepto* y al director y al jefe y al Verbo y á su mamá, y si es que no están conformes con mi manera de obrar, es un suponer, que vengan y me lo digan, y en paz, que tengo yo cinco dedos muy bonitos pa ganar la mantención por mi cuenta con aseo y equidad, y ya te he dicho bastante y hemos acabado de hablar. —¿Pues no te enfadas tú mucho? —¿Pues hombre, si es natural!

J. LÓPEZ SILVA.

## ESH

Yo no sé si es amigo ó enemigo mío, que dentro del cerebro anda. Unas veces suplica y otras manda; ora parece un bien, ora un castigo.

Por él, nunca estoy solo yo conmigo; quiero hablar, y contesta á mi demanda; cuando tengo ilusiones, las agranda; cuando llega el dolor, él es mi amigo! ¿Soy yo, ó es él quien vive en mi cabeza? Vecinos somos, y aunque no nos vemos, de una antigua amistad hay la certeza. Pero pronto, tal vez, nos separemos, cuando pierda mi cuerpo su firmeza. Y entonces... ¿cuál se va?... Va lo veremos.

CONSTANTINO GIL.

## PALIQUE

El pobre *Fray Candil* (como él piensa que le llaman en todas partes), invocando la bondad del Director de MADRID COMICO, ha vuelto á molestar á ustedes para hablarles de mil cosas que no les importan, y copiando párrafos de cartas mías, que por lo visto guarda como oro en paño. Yo no puedo tomar el desquite, porque no conservo las cartas de *Fray Candil*. El pobrecillo niega lo de la imitación (que es lo que más me molesta)... y la prueba andando, es decir, vuelve á imitarme, sin saberlo, en el mismo artículo en que niega que me imite. ¿Había yo dicho que la señora Pardo Bazán me tenía frito á cartas? Pues va *Fray Candil* y dice que yo le he escrito á él todo un epistolario. ¿Copiaba yo á veces (aunque jamás con la indiscreción de *Fray Candil*) ideas de las cartas de D.<sup>a</sup> Emilia? Pues va *Fray Candil* y copia párrafos de las mías. ¡Imitar! ¿Querrán ustedes creer que en cuanto oía *Fray Candil* que una revista extranjera hablaba de mis obras iba él y le mandaba sus libritos? ¡Ha llegado á citar autores con las erratas que había en las citas mías que copiaba!

Pero, en fin, lo principal es que ya no tendrán ustedes que lamentar más candiladas en MADRID COMICO. No se trata de una exigencia inadmisible. Yo he dicho, en uso de mi derecho, que ó *Clarín* ó *Fray Candil*, y si este palique se publica, es señal de que la elección está hecha. Le queda á Bobadilla el derecho que le concede la ley.

¿Que por qué vuelvo á hablar de Bobadilla habiendo asegurado que no disputaba más con él? Esto ya no es disputar; esto es despedirle como se merece, y no dejarle con el gustazo de decir *équi* la última palabra. Por ahí fuera puede escribir lo que guste. Puede confabularse con D.<sup>a</sup> Patrocinio de Biedma ó con un anónimo que, según cuentan, publica un periódico contra *Clarín*. ¡Qué gloria, *Fray Candil* entrar en el coro de los que me aborrecen y me persiguen... en letras de molde! ¡Vaya una *negyada*!

¡Pobre Bobadilla! ¿Qué luego ha recorrido todas las etapas por donde han ido todos los que han acabado por entrar en el coro! ¡Triste experiencia! ¡Terribles vivisecciones! ¿Cuánta laceria hay que contemplar para obtener el fowido resultado de un experi-

mento que nos responde como no queríamos! Y hay quien dice que en el mundo moral no cabe la experimentación! *Fray Candil*, con el objeto del desengaño, se precipita en el orgullo y la ingratitude más lastimosa! Ahorada á entender que no me debanada, que yo no le hice favor alguno... Bueno, hombre, bueno. Por mí está usted libre de la deuda. Pero ya verá usted cómo en adelante, si insiste en ser *hombre público*, no le quita ya nadie el sanbenito de ingrato. ¡Mientras me adulaba en periódicos, libros y cartas, preparaba en la sombra folletos en que estudiaba con paciencia mala intención las cacofonías de mis escritos más afimeros! ¿Conque no se dice rodillo, sino rodilla? Así opina la Academia; pero ¿á mí qué? En cambio, tampoco debiera decirse Bobadilla, sino bobillo ó simplemente bobo.

Como tantos otros colocados por mí en su *clase*, Bobadilla recurre al insulto y á la amenaza para contestar á censuras fuertes, pero que ni eran insultos ni para nada recordaban la vía ejecutiva.

Es claro: yo á Bobadilla le sacó de sus casillas (apunte esa cacofonía, de que tiene él la culpa); él á mí no me saca porque no pueda, porque tengo correa y ciertos posibles que á él le faltan... y ¿qué sucede? Lo de siempre: que habla de buscar ventajas en otro terreno y habla de palizas y otros expedientes no menos delicados é ingeniosos.

¡Vaya un escritor que, agotados los recursos de la pluma, hace alarde del palo!... Pero no; seamos exactos. Lo que dice Bobadilla es que siente *no tener dinero* para poder suministrarme una paliza. ¡Bah! Por muy pocas pesetas hay quien se encarga de eso. Yo no le puedo ofrecer esos cuartos, pues el mismo Cristo no llegó á tanto, no pagó para que le pegasen; pero lo que sí puedo hacer, y hago con muy buena voluntad, es ofrecer al señor Bobadilla lo necesario para el viaje á ésta y para pagarle la fonda... El, en cambio, no tiene más que hacer que declarar ante dos amigos míos el texto de la carta que asegura haberme escrito. Si en esa carta habla los insultos que sospecho, y él tiene el valor de sostenerlos, ahí estará... la madre del cordero; yo me reservo los derechos que me asisten, y... nada le importa al público todo lo demás.

A otra cosa. Asegura *Fray Candil* que yo confieso que los insultos que le dirigí iban enderezados al obispo de Oviedo. Mentira, como él dice; ni yo confesé que fueran insultos, ni me acordé para nada del obispo de Oviedo, y esta acusación calumniosa podría costarle cara al Sr. Bobadilla, si yo no tuviera en cuenta que se trata de un jovencuelo irritado por vanidades de literato de afición.

Que pregunto indignado á D.<sup>a</sup> Emilia con qué derecho reproduce un prólogo mío en la cuarta edición de la *Cuestión palpitante*. Mentira, como dice *Fray Candil*. Ni lo pregunto indignado, ni lo pregunto siquiera. Que doy un arañazo á Salmerón... Mentira: ¿dónde, cuándo? Para Salmerón sólo tengo admiración, cariño y respeto.

Bobadilla habla mal ahora del prólogo que me pidió y que me agradece tanto! Yo seré mal benefactor (como dice él, que ahora imita á la Sra. Pardo y se hace *arabico*); pero el Sr. Bobadilla es pésimo beneficiado.

Todos los enemigos cursis y foliocularios de *Clarín* recurran á cocharme en cara el lugar de mi nacimiento.

Uno de ellos descubrió que yo era gallego, y me ponía de vuelta y media con tan plausible motivo. Bobadilla ha averiguado que nací en Zamora, y ¡aquí te quiero, escopeta! Por esta *inconsecuencia* mía de ser zamorano en vez de ser ovetense, maneja *Fray Candil* la sátira con la más fina ironía. Después, clavándome el puñal hasta tocarme el corazón, dice que *friso con los cincuenta*. ¡Ni friso ni cornisa! Pero, en fin, si usted se empeña, aunque no he llegado á los cuarenta, á Dios gracias, me conformo con lo de frisar con el medio siglo, si usted recaba igual conformidad de D.<sup>a</sup> Emilia, que tiene más tiempo que yo.

¿Ven ustedes de qué cosas le hacen hablar á uno estos autores nuevos? ¿Que procedo de Zamora... que friso con los cincuenta... y que ojalá tuviera *Candil* dinero para que me dieran una paliza!... Eso es aticismo. En Cuba hay de todo. Pero cuando un cubanito sale así, literato de pelca, es de lo que no hay... en otra parte.

Figurémonos, por un momento, que *Fray Candil* no me mata, ni prueba que no es desagradecido, ni demuestra que no me preparaba una partida serrana, porque yo no quería (¡ea, que no quería!) hablar al público de sus papeluchos impresos... ¡Buena queda *Fray Candil*!

Observe la diferencia: yo no le he amenazado, porque, efectivamente, no pienso tocar en él. Yo no he llevado la cuestión á un terreno en que para nada hace falta el palique. De esas cosas no se debe hablar cuando no hay provocación en tal sentido por la parte contraria. Yo no había dicho de *Fray Candil* (¡ness quien fuere!) sino que era ingrato y que era *escritorzuelo* y me adulaba, porque me ponía en los cuernos de la luna mientras esperaba de mí elogios, y me atacaba cuando se iba convenciendo de que no le elogiaría. Esto no es insultar; esto no es usar palabras gordas ni amenazas. Todo esto es decir la verdad amarga. ¿Por qué se da por insultado Bobadilla? Porque va reflejada en mis palabras la fealdad de su conducta.

Allá va esto para la conciencia de D. Emilio Bobadilla: ¿Es ó no verdad que porque yo no hablé de sus últimos libros se vengó enviando á América, á periódicos que sólo por milagro podía yo conocer, censuras despreciativas de mis escritos?

Insisto en todo esto, valga la verdad, porque si como escribi-

# REVISTA DE ENERO

## REVISTA DE ENERO



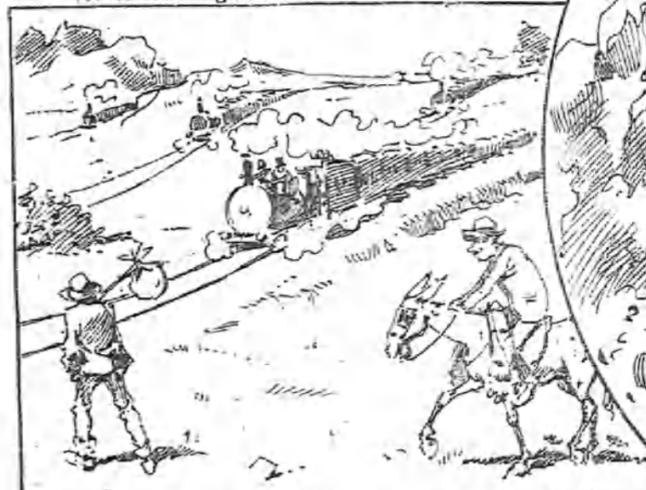
Vinieron los Reyes, comió todos los años; pero no dejaron juguetes más que en los zapatos de los amigos de Romero Robledo.



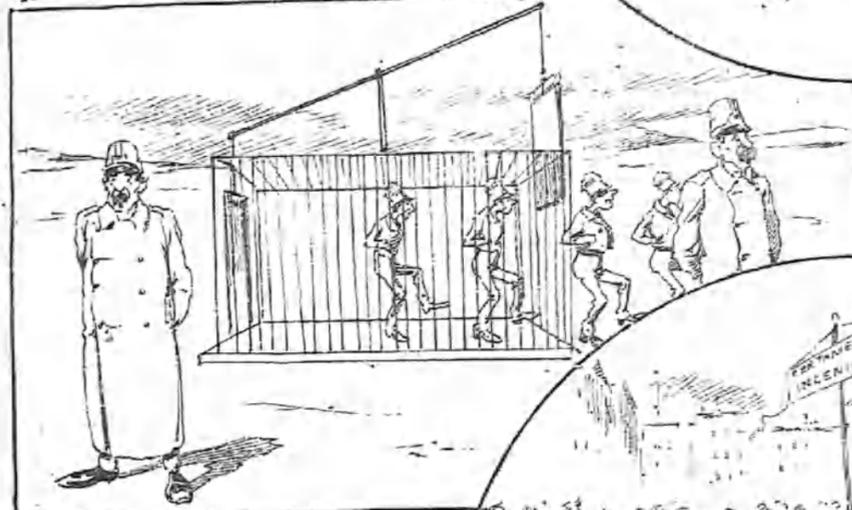
El río Manzanares sufrió, al decir de los parisienses, una importante crecida.



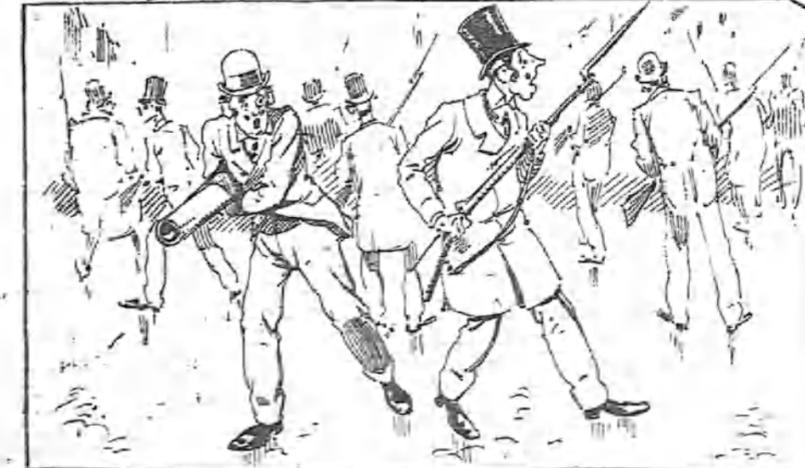
Que no proporcionó un día de luto a la corte gracias al arrojó de un agua dor caritativo.



Empezaron a llegar comisiones con el objeto de pedir que se hicieran economías, pero no por su casa.



Se puso en juego la célebre jaula de La gran vía para prender atracadores, espadistas, tomadores, etc., etc.



La anarquía asomó la cabeza en Jerez, haciendo temblar a los infames que usan calzoncillos de punto.

El Sr. D. Antonio Vico fué de Seila á Caribdis sin carta alguna que lamentar.



Las personas inteligentes que habían anunciado un frío irresistible para la segunda quincena de Enero, vieron cumplidas sus profecías, como de costumbre.



La Correspondencia de España abrió un certamen de ingenio preguntando en qué consistía la belleza femenina, y a los pocos días se descubrió, como era de temer, que la mujer hacendosa candorosa y virtuosa... es una gran cosa.

do no tiene Bobadilla para mí más importancia ni más categoría que tantos otros como he dejado entregados á sus berrinches, en cuanto á amigo es el mayor ingrato que hasta ahora me ha dado un desengaño; lo que echo de menos es lo poco de corazón que pude haber puesto en una amistad así perdida; lo que me disgusta en todo esto es la parte que no tiene nada de literaria. ¡Qué vergüenza ver que Bobadilla, imitándome malamente, indiscreto como él solo, saca á relucir frases de mis cartas, escritas con intenciones y en ocasión que no puede adivinar el lector del periódico! ¡Y yo quería traer al buen camino á un muchacho que se proclama enemigo de toda idealidad religiosa... para poder dar rienda suelta al infierno de sus envidias, vanidades y fantasías de autolatría pseudo-filosófica! ¡Y él saca á relucir aquellas intimidades para desfigurar su sentido y zaherirme! Esto sí me duele, y no me avergüenzo de decirlo; porque si Bobadilla en cuanto literato no es nada, en cuanto prójimo es tanto como cualquiera. *Requiescat in pace.*

CLARÍN.

## ¡HAY QUE AGUANTARSE!

I  
«Mi estimado señor y carnícero:  
Entre usted y mi fámula Cristina,  
se llevan el dinero  
que gana honradamente en la oficina;  
y en casa, la verdad, yo no sé cómo  
sus cínicos abusos aguantamos.  
¡Si cada kilo que nos da de lomo  
de menos tiene novecientos gramos!...  
¿Que no le importa á usted? Me lo figuro.  
Mas ¿qué diría usted si á cada duro  
de los que yo le doy, siempre cabales,  
le fallaran catorce ó quince reales?  
¡Claro! De esa manera,  
bien puede la señora carnícera  
deslumbrar con magníficos pendientes  
á su parroquia entera,  
mientras que mi Torcuato  
los tiene que gastar de hoja de lata!  
¿Que alguna vez me da corrido el peso?  
¿Y cuándo ocurre eso  
mas que cuando le mete á mi criada  
piltrafas indecentes ó algún hueso  
del tamaño de un figuero... Nada, nada,  
usted quiere arruinarme poco á poco;  
mas conste que de usted yo no me asusto:  
ó me da el peso justo,  
ó le armo un cisco que le vuelvo loco.»

II

«Apreciable señor y parroquiano:  
se queja usted de vicio,  
sobre quejarse en vano.  
¿Usted cree que hay alguno de mi oficio  
que no haga lo que yo? ¿Qué poco seso!  
Aguante usted, que quiera que no quiera,  
la *inversión* del peso  
y no me chille usted de esa manera,  
pues cojo una cuchilla de buen filo,  
pedazos le hago á usted de á medio kilo.  
Le saco al mostrador, y allí le vendo  
como otro buey cualquiera... y yo me entiendo.  
¿Lo que yo gozaría  
robándole en el peso al que comprase  
las chuletas de usted, Virgen María!...  
¿Y usted piensa que yo me arruinaría  
porque usted me dejase?  
Pues sepa usted, señor (y esto no es guasa),  
que he de ser proveedor de la Real Casa,  
y si en *clavarse* á usted no estoy rehacio,  
usted calcule lo que haré en Palacio,  
allí donde entra al día  
tanta bendita res!... Tonto sería  
si no lo hiciera así. Conque, en resumen:  
usted quiere chuletas  
ó mal pesadas ó con mucho hueso?  
Pues sígame usted dando sus pesetas.  
¿Que no se aviene á eso?  
Pues, hijo, vaya usted á hacer croquetas  
de escabeche de atún, ó albondigallitas:  
cómase las usted con pan y queso,  
y pese usted al mes sus pantorrillas.  
¡Esas sí que estarán faltas de peso!»

JUAN PÉREZ ZUSIGA.

## RESPUESTA AL CANTO

«Señor don F. Mamano,  
autor de *Las dos y nada*,  
*El viento del sur*, y otras

sinetitilas y zarzuelas:  
Hace días leí en este  
periódico su *reseta*,

y como soy, aunque indigno,  
revistero de comedias,  
con algunos compañeros  
juzgome aludido en ella  
y voy, como es consiguiente,  
á salir en mi defensa.  
Mire usted, yo no he querido  
concluir una carrera  
porque los libros de texto  
me cargan y me molestan,  
y entre componer revistas  
ó componer medias suelas,  
me he lanzado á lo primero  
porque es más fácil empresa.  
Del idioma castellano  
sé cuatro frases bien hechas,  
como «piezas sin sustancia»,  
«escritores sin vergüenza»,  
«teatro inmundo», «bazofia  
literaria», «decadencia»...  
y otras por el mismo estilo  
que, por lo menos, revelan  
mi buen gusto, y que protesto  
del estado de la escena.  
De los clásicos, ni jota:  
dos ó tres obras francesas  
que presentar de modelo  
á los muchachos que empiezan,  
y con esto basta y sobra  
para hacer columna y media  
de *bombos* ó latigazos,  
ir al estreno, y dar muestras  
de fastidio en la butaca  
que me ha enviado la empresa.

¡Cabrari! No señor, no cobro,  
porque no tocan esas brevas,  
pero entro en los escenarios,  
los actores me respetan  
y hasta me pasan la mano  
por el lomo, y me jactan.  
Además tengo á mi alcance  
la palanca de la prensa,  
que me sirve á maravilla  
para muchas menudencias,  
como aplastar enemigos,  
conquistar tipples *ligeros*  
y tratar con gente fina  
que de otro modo ¡ni vería!  
¿Que más va á pedir un hombre  
que, si no fuese por esa  
facilidad que tenemos  
para meter la cabeza,  
debía estar á estas horas  
empedrando carreteras?  
Ya ve usted, señor Mamano,  
que la ambición no me ciega  
y que mis aspiraciones  
no pueden ser más modestas.  
Deje usted, pues, esas pulias,  
porque si usted no las deja  
le voy á decir horrores  
en cuanto estrene una pieza,  
porque así es como las gasta  
este que su mano besa:  
Feliciano Palosco,  
redactor de *La Palmetta*»

Por la copia,

SINESIO DELGADO.

## ¡OH, PARADISO!

I

¡Bueno, bueno, pero bueno lo ha puesto en *La Correspondencia de España* el Sr. Conde de Morphy!

Supónganse ustedes el *oh, paradiso!* de Meyerbeer cantado por Luis Taboada y acompañado por una bandurria, un clarinete y un trombón, y quizá lleguen ustedes á tener idea de cómo ha salido de la pluma del egregio articulista el famoso paraíso del Teatro Real. Véase la clase:

«Viene por último la galería, la cazuela, el paraíso, ó como quiera llamarse, que es el elemento más entusiasta, más ruidoso y más funesto para la educación del gusto del público y de los artistas.»

Así, como suena. Si esto no es arrojar la cazuela al suelo y hacerla añicos, venga Dios y véalo.

Soy de los que han nacido para la música, en el paraíso del Teatro Real; esa tosca cazuela tiene para mí inolvidables recuerdos, ha sido, como quien dice, mi cazuela materna; y, ya que la ha roto el Sr. Conde, voy á ver si recojo los pedazos y los vuelvo á unir con el *sinetikon* de mi pobre literatura.

El Sr. Conde de Morphy clasifica el público del regio coliseo dividiéndolo en tres grupos, como productos de arancel.

Primer grupo: los palcos plateas, los palcos bajos y las butacas. Buena gente, muy bien educada, que no silba ni aplaude, que no entiende lo bueno de la música porque no le da la real gana de entenderlo, y sólo se entusiasma ante lo que llama *fenómeno* el Sr. Conde, es á saber: una tiple que trina sobre el mí bemol sobreagudo; un tenor que no respira en dos minutos; un bajo que hace temblar las bambalinas en un dúo guerrero; una contralto que hace arrastres vocales «de carácter patológico.»

En Viena y en Praga esas cosas no llaman la atención. Aquí vuelven locos á los palcos y á las butacas.

Segundo grupo: palcos principales, palcos por asientos y delanteras de paraíso. La crema de la reunión, término medio entre el pueblo y la aristocracia, participando de las buenas formas de la *high life* y de los desplantes de la gente del bronce. En este grupo hay muchos artistas efectivos y en agraz, y la cultura musical se acerca á Viena y á Praga.

Grupo tercero y último: la galería, la cazuela, el paraíso ó como quiera llamarse (llámele usted el número ciento y no hablemos más), que el Sr. Conde trata como han visto ustedes.

Tales son los tres grupos que van á la grupa (*oh, Bofill*) del anciano trotón que Michelena alquila en la temporada de invierno á los amantes del *sport* italiano musical.

Voy á permitirme una observación acerca del primer grupo. Oigan ustedes al Sr. Conde:

«Se presenta un artista y canta con buen estilo, con finos matices de expresión un trozo admirable de música, y concurrentes á palcos y á butacas permanecen impassibles, no sólo porque es más *comme il faut*, sino por la sencilla razón de que no lo han entendido ni quieren entenderlo; porque es cosa sabida que en las óperas los argumentos son siempre un disparate y lo que hay que oír son los cantantes.»

(1) La aglomeración de original de urgente publicación me motivó el retraso con que se inserta este artículo, que estaba compuesto hace quince días.  
[N. B. J.]

¿Entienden ustedes ese párrafo? Yo no. ¿Quiere decir que, en tesis general, los argumentos de las óperas son puros desatinos y que no hay que escuchar sino lo que cantan los intérpretes? En tal caso el párrafo es una blasfemia artística ó parece escrito por Pero Grullo.

¿Quiere dar á entender que los del grupo primero desprecian en absoluto la obra del poeta, el asunto en el cual se inspira el músico para dar vida á su creación, y sólo oyen á los cantantes, como si se tratase de un concierto?

Tampoco puede ser, puesto que el Sr. Conde de Morphy acaba de asegurar que cuando un cantante ejecuta admirablemente un admirable trozo de música, el primer grupo lo oye como quien oye llover.

¿Será que los del primer grupo, los concurrentes á palcos y butacas, no se entusiasman más que cuando un mal cantante ejecuta de un modo detestable un horrible trozo de música? ¡Hombre! Eso, con permiso del Sr. Conde, me parece un poco fuerte.

Que me aspen si lo entiendo. Verdad es que ¡vaya usted á entenderse con un grupito cuya característica es no entender las cosas porque no le da 'a gana de entenderlas! Un grupo así es capaz de hacer perder las entendederas al más pintado.

\* \* \*

Con respecto al paraíso, el Sr. Conde no se anda con logomaquias ni incurre en anfibologías. Mientras se dirige á la aristocracia del público, se va al aristócrata que emplea todo linaje de *ménagements* para dorar la píldora á sus iguales, de lo cual resulta un esbozo anodino, una crítica al cromo, llena de brillo falso, de distingos, de reservas y hasta de contradicciones.

Cuando el Sr. Conde deja las regiones doradas y se traslada al paraíso, ó cazuela, ó como quiera llamarsele, cambia de proceder y de *indumentaria*: se quita el frac, se pone la blusa, agarra una brocha y ¡cataplán! de un brochazo monumental no deja bicho viviente para contarlo.

Allí están, según el Sr. Conde, los grandes inteligentes que no conocen ni cuándo se da un corte á una pieza, ni cuándo se canta transportada, ni cuándo se sustituyen los instrumentos de la orquesta, ni cuándo oyen cantar constantemente más alto ó más bajo del tono, pero que, en cambio, gritan, sisean ó se ríen en cuanto se le roza ligeramente una nota al tenor ó á la tiple y con mirada triunfal en derredor parecen querer decir: ¡Qué oído el mío! ¡A mí nadie me la pega!

Y cuenta que eso no lo dice el Sr. Conde sino para hacer boca, para probar la brocha con algunas tennes pinceladas. En cuanto ha visto que el instrumento obedece, toma carrera, y allá va al brochazo definitivo, el *hic paradisius fuit*.

«Eso son, dice el Sr. Conde, blandiendo la brocha, los que aplauden con frenesí el grito final acompañado del manotón en que tenor y tiple se desgañitan para concluir con éxito; esos son los que educan y perpetúan constantemente todas las exageraciones y resabios de mal gusto (¡bonita manera de educar exageraciones y resabios!) en las decoraciones, en los trajes, en los coros, en las orquestas y en la interpretación de los artistas... ¡Qué tanto prejuicio! ¡Qué tanta ignorancia! ¡Qué carencia de buen gusto!»

¿Qué hay que hacer después de ese brochazo del Sr. Conde? Pues nada: coger el cadáver del paraíso y arrojárselo á los cuervos.

¡Pobre paraíso! Si las decoraciones de una ópera son de mal gusto ó anacrónicas, si la arquitectura en vez de pertenecer al orden dórico es del jónico ó del corintio, ¿quién tiene la culpa? La cazuela.

Si los trajes son impropios, si un personaje saca gregüescos y valona, en vez de sacar túnica y manto, si la tiple sale ecurrida en vez de llevar guarda-infante, ó viceversa, ¿quién tiene la culpa? La cazuela.

Si los coros incurrían en exageraciones y resabios de mal gusto, ¿quién tiene la culpa? La cazuela.

Si la orquesta incurre en esos mismos resabios y en esas mismas exageraciones (¿verdad? El Sr. Conde no lo dice), ¿quién tiene la culpa? La cazuela.

Y esa cazuela no conoce cuándo se da un corte, ni cuándo se canta transportado, ni cuándo se sustituyen los instrumentos de una orquesta!

Y todavía debe estar agradecida al Sr. Conde! Pedir por pedir, no sé por qué el Sr. Conde no exige que la cazuela sepa descubrir las quintas y octavas ocultas y escribir, si á mano viene, un concertante ó una fuga real.

Si el primer grupo se entusiasma con los trinos, con los cañonazos, con las notas filadas ó con los arrestrés *patológicos* de los fenómenos, eso no *educa* ni perpetúa las exageraciones y los resabios, eso no implica prejuicios, ni ignorancia, ni carencia de buen gusto; eso cae por fuera y, como decía un amigo mío, con las luces y la orquesta no se ve.

Para el Sr. Conde no hay más factor nocivo que la cazuela: eso es lo único que representa ignorancia, mal gusto, lo que ha traído al Teatro Real al lamentable estado en que hoy se encuentra.

En suma, una partida que hay que borrar del arancel, como quería Rovira *in illo tempore*.

El Sr. Conde de Morphy se equivoca, no sabe lo que es el paraíso, ignora lo que la cazuela representa en el Teatro Real, confunde lamentablemente al aficionado de corazón con el ala-

hardero de oficio; ha vivido siempre abajo y desconoce lo que hay arriba.

Yo trataré de demostrárselo en el número próximo.

ANTONIO PEÑA Y GOÑAL

## CHISMES Y CUENTOS

(Gracias á Dios, hemos vuelto á tener noticias del Sr. Carulla! Ha tomado parte en el concurso de ingenios de *La Correspondencia de España*,

y, puesto en el aprieto, ha salido ¡oh dolor! con un soneto.

En el cual enumera las cualidades que, á su juicio, ha de tener la mujer para ser bella, que son muchas y buenas, como es de suponer, y acaba así: ¡y en ser tratada de la Virgen pura.»

De modo que si Carulla hubiera dicho eso nada más, nos habríamos ahorrado los tres versos anteriores del soneto. ¡Y se lo habríamos agradecido tanto!

\* \* \*

Un periódico ministerial dice que los futuros presupuestos no contendrán ninguna sorpresa.

Y exclama *El Libertad*:

«Pues nuestro gozo en un pozo.

Serán malos seguramente.

Porque eso es lo único que nos podía sorprender. Que fueran buenos. ¿SÍ? Pues verá usted cómo nos sorprenden á todos. Porque á lo mejor van y resultan peores de lo que nos habíamos figurado.

\* \* \*

Dice *La República Francesa*:

«Nuestras tarifas se dirigen contra los alcoholes alemanes más que contra los vinos españoles.»

Va, ya lo hemos visto.

Y empiezan ustedes por no querer admitir más que los vinos *ágeres* para tener que *convalecer* con alcohol alemán.

\* \* \*

En cambio, las represalias que aquí tratamos de tomar no dejan de ser chuscas.

Abolir el tratado de propiedad literaria y no dar un cuarto á los franceses.

Pero eso sí, ¡traducir cuanto nos caiga en las manos!

Y cobrar cuanto se justiere, para que se acuerden de rabia.

\* \* \*

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sres. D. S. G. y G. H.—¿Se han juntado ustedes dos para hacer cuatro seguidillas malas? Pues para eso no valía la pena.

*Tronpa*.—Bueno, yo le diré eso á Romero Robledo, pero no con los versos de usted, ¡eh! porque le van á hacer mucho daño.

Sr. D. J. L. V.—Barcelona.—La *Nueva pragmática* no se vende en ninguna parte. No se hicieron más que ejemplares de regalo.

Sr. D. A. R.—No lo recuerdo ahora; si no le dije nada, no entraría en turno.

Sr. D. J. G.—Verá usted:

«Perdió el sentido don Quiterio á causa de una indigestión, trataron de llevarlo al cementerio y pronto en sí mismo volvió...»

Son cuatro versos que no son versos precisamente.

Sr. D. C. H. O.—Madrid.—Están bien medidos los versos, pero carecen en absoluto de soltura y de gracia.

*Fim, pum, pum*.—Sí, señor; sí son muy buenos. Pero *dividido* no se escribe así, se escribe con *v*, generalmente.

*El Strio*.—No es lo malo que usted sea serio, sino que los versos sean cursis.

*Calendario*.—Haya usted de los riptos, de las frases hechas y de los giros pedestres. Y no le irá á usted mal.

*Sabañón*.—Coma usted lo que quiera, señor sabañón, pero no se coma usted las sílabas, porque las pasa lo que á los calamares, se ponen de pie interlormente.

*A + B*.—El chiste es viejo y está diluído demasiado.

Sr. D. N. G. V.—Barcelona.—¡No! De las saegras nada, porque hace tanto tiempo que están mandadas recoger...

Sr. D. J. M.—Barcelona.—No hay inconveniente, nuestro deseo es favorecer la formación de colecciones.

N. N.—No están mal del todo, pero son un poco vulgares los pibrecitos.

*Compatriotas*.—Pues... me gustan poco. Es decir, casi no me gustan.

*Zabarro*.—¿Que si manda la firma? No, todavía no. Es malo apresurarse. Pero usted puede hacerlo bien con el tiempo.

Sr. D. J. G. O.—Madrid.—Se conoce que no lee usted el periódico con frecuencia. Porque hemos advertido muchas veces que no podemos admitir artículos.

*Deutsch*.—¡Mire usted que enviar al MADRID COMICO unos gozos á San Blas! ¡Se necesita estar de de humor, caracoles!

R. G.—No, no está mal hecha la silva. Pero es demasiado larga para publicarla en este periódico.

**ANUNCIOS**



—No se haga usted de nuevas, don Torcuato, pues ya saben de fijo aquí y en Nubia el niño chiquitín y el viejo chocho que el mejor almacén y el más barato fué siempre el de *Bodero y Villarrubia*, Serrano, treinta y seis y treinta y ocho.

**EL HOMBRE ES DÉBIL**



Aquí le que conviene, sin demostrar escama, es reunir dinero y comprar una cama (1).

(\*) Del Bazar de la plaza de la Cebada, núm. 1.



Los ingleses no lograrán hacerse dueños de Tánger, pero PESQUERA se ha hecho dueño de los verdaderos y legítimos pantalones ingleses.

MAGDALENA, 22.



Yo rana quisiera ser y aprender a hacer *rac, rac*, si me habían de meter en un charco de *Cognac de Moguer*.

Avansays, Carmen, 10.

**LA TEMPESTAD**



Despierta, niña, despierta, que el día avanzando va y le traemos perfumes de superior calidad.

¡La, la!  
¡La, la!

Perfumería Americana, Expos y Minas, 26.



Ven ligero como un galgo, que hay telas de todas clases, y cuando llegues no pases, no pases sin comprar algo.

Tirso Rodríguez.—Atocha, 75 y 77.



—Ya perdió sus malas mañas; no se para. ¡Se conoce que me lo ha compuesto *Brañas*.

Plaza de Estués, 121



Si disputas con Clavijo, cuida que no se sofoque, porque ha comprado un estoque, ¡un estoque de *Gras hijo!*

Alcala, 40.



Usad las camisas que nos manda Dios, de las de *Martínez*, San Sebastián, 2.



Han llegado aquí de incógnito tres príncipes estos días. Los tres, según los periódicos, comen en *LAS TULLERIAS*.

Matute, 6.



—¡Pobrecitos gatos!  
—¿Por qué los compadeces, hijo?  
—Porque mayan mucho por el dolor de muelas y no hay un alma caritativa que les diga que *Tirso Pérez, Mayor, 73*, las saca en un momento.

**LA COMPAÑÍA COLONIAL**  
HA OBTENIDO  
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS  
**Medalla de oro**, por sus Chocolates.  
**Medalla de oro**, por sus Cafés.  
**Medalla de oro**, por su Tapioca.  
DEPÓSITO GENERAL  
**CALLE MAYOR, 18.Y 20**  
SUCURSAL  
MONTERA, 2, MADRID

**MADRID CÓMICO**  
PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO  
PRECIOS DE SUSCRICIÓN  
Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.  
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.  
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.  
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.  
Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.  
PRECIOS DE VENTA  
Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.  
A corresponsales y vendedoras, 10 céntimos número.  
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.  
Teléfono núm. 2.160.  
DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO